

AHORA QUE PASÓ LA TORMENTA

Ahora que ya han pasado las verbenas de San Juan y San Pedro, que son las más ruidosas en cuanto a petardeo, podremos hablar un poco de esa epidemia explosiva que va extendiéndose cada año sin que pueda tachársenos de aguar una tradición que nosotros somos los primeros en querer mantener.

Bien está que en la víspera de estas fiestas tan arraigadamente populares, y mientras se prende fuego a las típicas hogueras, se exteriorice el júbilo lanzando al aire la chorreante policromía de los cohetes y se trunque la quietud de la noche, por unos momentos o por unas horas, si se quiere, con el estampido de los petardos; bien está que se nos aturulle con unos ruidos que a pesar de serlo nos suenan a grata sinfonía a la luz de las fogatas. Pero de aquí a convertir las calles y sus encrucijadas en cotos atrincherados donde solo tienen acceso los contendientes so pena de verse materialmente «atacado» por un explosivo, hay un gran trecho.

Además que estas expansiones no se circunscriben a un solo día sino que extienden sus dominios a varios días y semanas amenazando con convertirse en el juego preferido de los mozalbetes, ya que según hemos visto son éstos los que hacen

Amor

LO QUE NUNCA MUERE

¿Hay algo que pueda ocurrir así? Algunas veces hemos visto aplicar esta hipótesis a ciertas cosas y la curiosidad nos ha llevado a mirar de qué se trataba. ¿Qué es lo que nunca muere? ¿Qué es lo que resiste a todos los embates de los tiempos y sigue permaneciendo en pie? Y entonces nos hemos dado cuenta que se trataba siempre de cosas del espíritu. El amor por ejemplo, de la madre para con el hijo, o viceversa; el del esposo para con su adorada o al revés. El del novio embelesado que no sabe ver otra imagen que la de su elegida. Todos estos amores perduraron siempre y es de creer que nunca morirán. Otro ejemplo: el de la luz del entendimiento. Aunque a veces los hombres parezcan ofuscados, dando la impresión de haberse apagado para ellos esta luz que nos eleva por encima de los otros seres de la creación, vuelven otra vez a su estado de clarividencia y resplandece, una vez más, este fulgor del entendimiento que no muere tampoco, porque es la luz del espíritu. En cambio, una luz surgida de una fuerza terrestre, de un grupo electrógeno o una dinamo, —¿no es esto?— no puede extinguirse en el momento menos pensado y sumir en el aburrimiento más completo a todos los habitantes de una ciudad.

Pero en todo, hay siempre la excepción. Si pasamos revista a las cosas de nuestra ciudad, encontraremos aquellas que aunque terrenas, llevan su alma, como el amor, como la luz del entendimiento. Nuestro «carrilet» Pasará el tiempo y nunca morirá. Lleva el mismo espíritu de antaño, cuando sus creadores le llevaron adelante. No importa que los enemigos del progreso de aquel entonces le apedrearán cuando atravesaba la llanura de la Vall, como quien atravesara el Cañón del Colorado o las Montañas Rocosas. El carrilet fué siempre sumando años, tragando kilómetros, transportando alegrías y disgustos, en-

fermos y sanos, payeses y volatería, perros y cazadores, mercancías y viajeros, o viajeros y mercancías.

Nació humilde, pero supo escoger su campo propio. A la derecha hay un camino, se dijo, y allí encaminó sus esfuerzos, que de haberlo efectuado al lado contrario, quien sabe si habría sido tributario de alguna carretera nacional. Los que así les ocurrió, que no pudieron tener un alma como tiene el nuestro, pasaron a ser una carga de tren en lugar de un tren de carga. Esta independencia les costó esfuerzos a nuestro «carrilet», subiendo desniveles o pendientes pero no saliéndose nunca de su trazado. No obstante le valieron estos esfuerzos el que adquiriera algo de bronquitis y asma y tuviera que realizar el recorrido, con el transcurso de los años, con algo más de tiempo de cuando su juventud.

Por él, a esto que hoy día le llaman espacio vital ha resultado un mito. Que espacio vital ni mojjingas. Lo mismo sube doscientos viajeros en cuatro vagones hasta la Font Picant, que luego baja estas mismos viajeros en un vagón y medio, amén de los viajeros que va haciendo por el camino. Pero cuando se es un tren que tiene alma, estas cosas no cuentan, porque él es una parte integrante de nuestra estrechez.

Y tal como se dice antes, que nuestro «carrilet» es de lo que nunca muere, es por lo que podemos mostrarlo a nuestros visitantes recomendándoles que si tienen necesidad de su servicio para trasladarse a Gerona, no vayan al exterior a contemplar el paisaje, pues harían acopio de carbón y ellos no tienen necesidad de esto.

El silbido de la máquina, sigue siendo el mismo guía horario que fuera de nuestros abuelos. Estos, ¡ay! murieron, pero el «carrilet» sigue siendo de lo que nunca muere.

Abecé

más derroche de esos artefactos.

En nuestra ciudad todavía no ha habido que lamentar, que sepamos, ningún accidente por esta causa, pero

en Barcelona las autoridades se han visto obligadas a dictar serias órdenes a este respecto. Sería de aplaudir que nuestras autoridades locales, recordando el refrán

de que es mejor prevenir que curar, dictaran en años venideros las oportunas órdenes a sus agentes para evitar cualquier contingencia.—XAVIER